



D. Florencio Jardiell.

Excmo. Sr. Arzobispo
de Santiago de Cuba.

Sr. Rector de las Escuelas
Pias de San Antón.

LA IGLESIA EN EL ATENEO

Encaminadas, en primer término, á preparar é ilustrar el país para la celebración del Centenario, las Conferencias del Ateneo han contribuído, además, á estrechar fraternales vínculos, por una parte, entre los pueblos peninsulares y americanos, y, por otra, entre las diferentes instituciones y elementos de nuestra patria.

Ninguna institución tan elevada como la Iglesia ni de tan considerable influjo en la vida de la nación descubridora y en la de sus hijas americanas: ninguna, por consiguiente, con mayores derechos y deberes en la celebración del Centenario. ¿Cómo, pues, era posible que el Ateneo desconociera aquellos derechos, dejando de invocar la cooperación de la Iglesia en la obra de sus conferencias? ¿Ni cómo, tampoco, que la Iglesia olvidase sus deberes, dejando de responder al llamamiento del Ateneo?

Desde el primer instante en la organización de las conferencias tuvieron cabida temas de carácter religioso. El Pontífice español que resolvió las cuestiones relativas á la propiedad y dominio de las Indias; la obra evangélica de las Misiones; los apostólicos trabajos del Episcopado español, y sus prelados más insignes como Las Casas y el V. Palafox, debían ser objeto de otras tantas conferencias, en las cuales, sacerdotes y seglares, en armonioso concierto, tributasen los debidos homenajes de admiración y de justicia á la santidad de las doctrinas y á la gloria legítima de sus ministros en el mundo americano.

Los seglares invitados, Sres. Dacarrete, Fabié y marqués de Lema, aceptaron gustosísimos sus respectivos encargos. La quebrantada salud del primero, que debía disertar sobre *las Misiones*, le ha impedido dar cima á su propósito. Los Sres. Fa-

bié y marqués de Lema, respectivamente encargados de los temas: «*El P. Fr. Bartolomé de las Casas*», *La Iglesia en la América española*, desempeñaron dignamente su cometido, con la erudición y competencia que otras veces en análogos empeños. En estas conferencias de carácter religioso hay que contar, también, y en puesto de honor, la del ministro de Méjico general Riva Palacio, sobre el «*Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España*», de que hemos tratado ya en el artículo LOS AMERICANISTAS EN EL ATENEO.

Y por lo que toca á los sacerdotes llamados á compartir las patrióticas y levantadas tareas del Ateneo, tratando asuntos religiosos, comenzaremos por decir que fueron éstos los PP. Fita y Cappa, de la Compañía de Jesús, uno y otro entendidos americanistas, y el elocuentísimo canónigo de Zaragoza D. Florencio Jardiel. Respondo de la exactitud de este aserto, con decir que he tenido el doble honor de proponer las invitaciones y de dirigirlas después á nombre del Ateneo.

Solamente el Sr. Jardiel respondió aceptando la participación ofrecida. Acaso la absoluta libertad que en el Ateneo disfrutaban todas las ideas, haya sido causa de que los otros sacerdotes invitados no hayan querido ó podido aceptar igualmente las conferencias encomendadas. Es innegable que la libertad á que nos referimos no ha sido nunca muy del gusto de algunos católicos, como no lo es menos que otros, muchísimos, por cierto, han creído más conveniente aceptarla y emplearla en la defensa y propagación de sus ideas y sentimientos genuinamente católicos. ¿Qué más? No pocos de los mismos que un tiempo prodigaron al Ateneo injustísimas censuras, concluyen después por atravesar sus umbrales y contarse entre sus socios.

Fuéronlo sacerdotes tan insignes como Lista y Gallego, cuyos retratos figuran en la galería de ateneístas ilustres. En los bancos del Ateneo, hemos visto hasta ha poco al inolvidable sacerdote D. Miguel Sánchez, librando descomunales batallas en pro de la ortodoxia más pura, con admiración y respeto y aplauso de todos. Entendía el docto Presbítero, más conforme con el espíritu del Evangelio, propagar las verdades, en abierto combate, que abstenerse de toda lucha, que es como igualmente lo han entendido y entienden hoy no ya simples sacerdotes, sino príncipes de la Iglesia.

He aquí la importancia excepcional que tuvo la solemnidad celebrada en el Ateneo el 21 de Marzo último: la entrada triunfal de la Iglesia en el Ateneo, en la persona del venerable Arzobispo de Santiago de Cuba, que presidió el acto, y del respetable sacerdote aragonés encargado de llevar juntamente la voz de la Iglesia y del Ateneo en aquella noche memorable.

En la aceptación y venida del Sr. Jardiel, corresponde participación altísima á su prelado el Emmo. Cardenal Benavides Arzobispo de Zaragoza. «*Ayer di cuenta al Excmo. Sr. Cardenal de la carta de Vd.* (me escribía el Sr. Jardiel el 30 de Octubre del año pasado), *y no sólo me concede permiso para aceptar el encargo que Vd. me propone, SINO QUE ME HA ANIMADO Á ELLO CON SEÑALADAS MUESTRAS DE SATISFACCIÓN.*» ¡Gratitud al venerable prelado! Su nombre figurará con justicia á la cabeza de al

Iglesia española en la celebración del Centenario. No sólo el Ateneo, España entera, tendrán siempre palabras de alabanza para el ilustre Purpurado. Un Obispo español, Fr. Diego de Deza, fué el primer prelado protector del descubrimiento de América. El Arzobispo de Zaragoza, ha sido el primer prelado protector del IV Centenario de aquél acontecimiento incomparable.



Al obrar así el Arzobispo cesaraugustano, respondía, cumplidamente, no sólo á patrióticos sentimientos, sino á antiguas y arraigadas convicciones. En su *Oración fúnebre en las honras de Cervantes*, celebradas por la Real Academia Española en 1863, se hallan estas hermosas palabras: «¿Acaso la dulce y sonora voz evangélica será extraña al progreso intelectual? ¿No llevará con igual amor sus consuelos y sus

lecciones al ignorante y al sabio? ¿Por ventura haremos odiosas distinciones, que el divino Maestro rechazaba, entre el judío y gentil, el griego y el romano, el bárbaro y el escita?»

Si los achaques de la avanzada edad del octogenario prelado se lo hubiesen consentido, habría presidido la solemnidad en gran parte debida á su protección generosa. Presidióla el Primado de la América que nos resta, el Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba, teniendo á su derecha al Canónigo disertante, y á su izquierda al Rector de las Escuelas Pías de San Antón ¹.

Abrió la sesión el ilustre Presidente, dirigiendo su autorizada palabra al numeroso y escogido auditorio que llenaba por entero los bancos y tribunas. Era la primera vez que un Obispo tomaba asiento en la Cátedra del Ateneo; la primera también que se oía la voz de un prelado en aquel recinto.

Más bien que dar idea de sus palabras prefiero transcribirlas á la letra. He aquí íntegra la hermosa improvisación del Sr. Arzobispo de Cuba:

«Señores: me dicen que hable, y yo he de confesar que para mí es una sorpresa, porque no se me había invitado más que á presidir y era bastante honor para mí. Mas ya que me dicen que hable, diré dos palabras: pues la condescendencia en lo lícito es una de las hijas más bellas de la reina de las virtudes.»

«Vosotros sabéis que aquí se ha abierto una grande manifestación de entusiasmo nacional con motivo del Centenario del insigne descubridor de las Américas, y la Iglesia, grande, aunque representada alguna vez por Ministros pequeños, la Iglesia nunca se queda atrás en estas manifestaciones, porque la cruz llega hasta donde llega la espada y un poco más adelante.» (*Grandes aplausos.*)

«Por lo mismo, ya que todas las clases sociales, y hasta todos los partidos, han venido aquí á dar gloria al célebre descubridor, y á la nación, cuyas naves le transportaron al otro lado del Atlántico, la Iglesia, repito, no podía quedarse atrás y viene aquí en esta noche, sin pretensiones, pero llena de amor y entusiasmo, á depositar su corona á los pies del inmortal Colón. Así como con él atravesó los mares y con los que le siguieron volvió á atravesarlos, y fué siempre con los descubridores y conquistadores, y puso los primeros sillares de la civilización de América, así viene hoy á recordar un gran hecho histórico que no se ha de olvidar ni se ha de borrar de la memoria de los hombres, ni de los anales del mundo, mientras que el sol alumbre á la raza humana sobre este planeta.» (*Prolongados aplausos.*)

«Y dicho esto no tengo más que daros las gracias por la indulgencia con que habéis acogido mis frases desaliñadas, y dejar la palabra al ilustre canónigo de Zaragoza que es el encargado de hablaros esta noche.» (*Muy bien, muy bien. Aplausos.*)

El canónigo Jardiel comenzó entonces su admirable discurso.

Para la mayoría de sus oyentes el docto conferenciante era desconocido por completo. Algunos habían escuchado su elocuente palabra en la última novena del Alumbrado, otros en el magistral panegírico de San Agustín, pronunciado en el Escorial

¹ Véase la cabecera de este artículo.

en Agosto del año anterior. Muy pocos habían leído su *Elogio fúnebre de Pignatelli*, su *Sermón en las honras de Alfonso XII*, costeadas por la *Maestranza de Zaragoza*, su *Estudio sobre la Enciclica Immortale Dei* y su *Sermón* predicado en el Pilar con motivo de la solemne inauguración del Segundo Congreso Católico Nacional el 5 de Octubre de 1890. Contadísimos de los presentes, que no fueran aragoneses (entre ellos el que esto escribe) habían escuchado su palabra en el período de sus primeros triunfos, cuando, Rector del Seminario de Zaragoza, sobresalía ya entre los mayores oradores en la sagrada Cátedra de los Valeros y Braulios. Es de advertir que en las tribunas y en los bancos del Ateneo, tomaban asiento el marqués del Valmediano y otros parientes del V. Palafox, así como también gran número de los aragoneses residentes en Madrid.

La modesta presencia, los ademanes sencillos y expresivos, la armonía de su voz, rica en todos los tonos y matices; la amplitud y majestad de los períodos, la frase limpia y castiza, en suma, el extraordinario conjunto de las condiciones del orador, avasallaron, desde las primeras palabras la inteligencia y el corazón de sus oyentes.

La apostólica figura del V. Obispo de la Puebla de los Ángeles, comparable sólo en caridad y energía, con los Zumárraga y Las Casas, surgió por entero ante el auditorio en toda su gloria y majestad. «No cabe duda, decía el elocuente orador, de que todas las manifestaciones del celo cristiano, todos los esfuerzos del Catolicismo en orden al progreso moral y material también de aquellas apartadas regiones, todo el poder, toda la energía, toda la prudencia, toda la caridad en fin, inherentes al apostolado civilizador que descansa en el Evangelio, se apoya en la cruz y generosamente se sacrifica, tuvieron representación dignísima en el Obispo de la Puebla de los Ángeles, llamado, por designio providencial sin duda, á afianzar cuanto de grande y provechoso se había realizado hasta él, y á fijar líneas seguras, de resultados positivos, para aquellos que le siguieran.»

Refiere sus campañas como Juez y Visitador de Nueva España, los fracasados esfuerzos de otros prelados en el establecimiento de la disciplina, en la corrección de abusos que se habían introducido, suscitando quejas sin cuento, llegadas á España y Roma, interesando los desvelos de la Sede Apostólica, á fin de evidenciar que sólo Palafox podía proceder al remedio de tan graves males. Terrible fué la contienda. El mismo Palafox escribía: «El hacerme visitador fué lo mismo que hacerme médico y cirujano de enfermedades y llagas muy sencillas y que estaban en gente poderosa y que se defendían en su curación.»

Jamás en la historia de la Iglesia en la América española pudo ofrecerse, en tan extraordinarias proporciones, espectáculo tan formidable como el de las resistencias que los intereses creados opusieron al V. Prelado aragonés. «Enfrente de esas resistencias, que dificultaban las anhelos vehementes de su corazón, dice el Sr. Jardiel, ofrecía Palafox el ejemplo de aquel *no importa, victorioso*, que yo no sé si será el lema de su familia, pero que otro Palafox reprodujo más tarde de pie sobre las ruinas de Zaragoza en momentos de angustia para la patria.»

Todos y cada uno de los episodios principales de esta tremenda lucha, narrados fueron por el canónigo de Zaragoza, quien aun tuvo tiempo bastante para enumerar las excelencias del V. Palafox en otros órdenes, singularmente en lo relativo á sus obras didácticas, históricas y poéticas, que forman nada menos que 14 volúmenes en folio.

Refirió, por último, todo lo concerniente al proceso de beatificación del venerable, apoyado en un principio por más de cuatrocientos obispos americanos y españoles, todos los carmelitas descalzos, todas las ciudades, cabildos y claustros de universidades de España y muchos millones de católicos españoles y mejicanos.

Para terminar, el elocuentísimo conferenciante, comprendiendo su altísima significación en aquel acto, puso fin á su discurso en brillantes períodos, dignos de los oradores más ilustres, alguno de los cuales períodos no puedo menos de transcribir á la letra, como ejemplo acabado de su oratoria.

«Señores, no sé de qué manera podré dar forma á mis últimos pensamientos. He subido á este sitio sobrecogido y vacilante, y puesto en él, paréceme, como si nadie tuviera para ocuparlo mejor derecho que yo, á pesar de los méritos personales, muy superiores á los míos, que en todos vosotros reconozco. Pero los que han tomado parte en estas conferencias, derramando torrentes luminosos sobre problemas importantísimos relacionados con el grandioso acontecimiento que se prepara, han venido en su nombre sin otro prestigio peculiar que su talento, mientras que yo, sacerdote católico, elogiando á un prelado que ha dejado en América recuerdos indelebles de su misión providencial, significo por este doble carácter, cuanto de grande existe y vosotros entusiasmados admiráis en el descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo. ¡ Hermosa y elevada significación que no cambiara por todos los tesoros del universo! Sí, yo significo el espíritu de Colón cristiano y piadosísimo, devoto de la Virgen y enamorado de su ternura, que se apoya en la cruz en las horas de desaliento para reanimar su esperanza, que al declinar el día hace entonar la Salve sobre cubierta mirando hacia Occidente, que cae de rodillas y da gracias á Dios al pisar aquel suelo soñado en los delirios halagadores de su fervor y jura consagrarse á la cristiana regeneración de sus habitantes; yo significo aquella franca y cordial hospitalidad de los humildes frailes de La Rábida, tan generosos para prestar al extranjero desengañado el fuego de su amor, como buenos para escucharle y avivar en su seno la llama casi extinguida del entusiasmo: yo significo la acrisolada fe, la fe dominadora de los reyes católicos Fernando é Isabel, cabeza y corazón de las más arduas empresas, unidos por divino poder en medio de los siglos, para ser, completándose el uno al otro, soberana expresión de la Providencia; yo significo la verdad católica arrollando tinieblas seculares esparcidas por el demonio de la impostura, ofreciendo á las almas tesoros ignorados de justicia y de libertad y allanando el camino de sus conquistas; yo significo la abnegación inagotable del misionero que salva los espacios, desprecia los peligros, acepta la miseria y la pequeñez para levantar á los débiles, abre surcos profundos en el yermo de la ignorancia, y hace fe-

cunda la semilla del Evangelio, con el hermoso ejemplo de sus virtudes; sí, yo significativo el engrandecimiento moral, el prodigioso avance de aquellas razas americanas que al venir á la fe y abrazarse con ella atraídas por la belleza de sus encantos, bebieron en su seno con deliciosísima fruición la savia delicada de la civilización y de la cultura.»

No menos elocuentes son los períodos restantes del hermoso panegírico que examinamos. De la oración entera, cabe afirmar, en justicia, que pocas veces se ha visto, en nuestros tiempos, relación más adecuada entre un biografiado y su biógrafo, ni resultados más evidentes para uno y otro. El V. Palafox, casi olvidado, fuera del orden religioso, ha vuelto á recobrar el nombre y autoridad que disfrutaba á fines del siglo XVIII y principios del XIX en todos los españoles. El Sr. Jardiel, poco conocido antes del 21 de Marzo, es, á partir de la noche de este día, una de las reputaciones más legítimas de la Iglesia española.

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUÉL